

1867. Terminada la revista, el emperador regresó á Querétaro, y la division del general don Ramon Mendez fué recibida en aquella ciudad, acentuadamente conservadora, con muestras de verdadera satisfaccion.

En la tarde del mismo día el soberano se dirigió hácia el llano de las Carretas, al Sur de la ciudad, para presenciar la revista que iba á mandar allí el general D. Miguel Miramon á todas las tropas reunidas en Querétaro, excepto las de Mendez que se hallaban fatigadas por la marcha. Las fuerzas estaban ya formadas, y se componian, la infantería, de la tercera compañía de ingenieros, gente aguerrida y de buen aspecto; del corto batallon de Cazadores, compuesto de mejicanos y franceses, resto único de los cuerpos que se licenciaron al terminar la intervencion; de la Guardia Municipal de Méjico, mandada por el teniente coronel D. Joaquin Rodriguez, jóven simpático, de figura interesante, sumamente jovial, y el militar de más valor que pudiera citarse; del 7.º de línea; de los Tiradores de la Frontera, y del batallon de Celaya. La caballería la formaban el regimiento de la Emperatriz, mandado por oficialidad valiente y distinguida; la Guardia Municipal de á caballo de Méjico; el 8.º regimiento, y el que mandaba el coronel D. Julian Quiroga, compuesto de voluntarios reclutados en el Estado de Nuevo-Leon y Coahuila, gente resuelta, bien armada y equipada. La artillería se componía de dos baterías de campaña, y una de montaña. El total de las expresadas fuerzas sólo ascendía á cinco mil hombres; de manera que todo el ejército que el emperador había logrado reunir en Que-

rétaro, inclusa la division del general D. Ramon Mendez, la poco imponente cifra de nueve mil hombres y treinta y dos cañones de diversos calibres.

En el mismo día en que se pasó la expresada revista á las tropas, dió el general D. Miguel Miramon una proclama, cuyo lenguaje vehemente revelaba que había sido escrita bajo la impresion de algun acontecimiento terrible para su alma. Y con efecto era así. Hacía poco que había recibido la noticia de que su hermano el general D. Joaquin, hecho prisionero en la batalla de San Jacinto, había sido fusilado en la hacienda de Tepetates, como tengo ya referido. Dominado en esos momentos por el dolor y la colera, empleó las palabras más fuertes para herir á sus contrarios. La proclama, de que hice mencion al referir el hecho del fusilamiento, decía así:

«Soldados: La lucha que desgarrá el seno de la patria es sostenida por un enemigo salvaje, de quien huyen las poblaciones en masa por sus violencias, por sus rapiñas y por sus instintos feroces: ese enemigo ha vendido el territorio nacional á los *yankees*, porque lo mismo trafica con el honor de las familias, que con los plagios y la independendencia de Méjico.

»Sus primeros corifeos, tales como Corona, violan las capitulaciones que se ratifican bajo la garantía del honor, de la conciencia y de la opinion pública: las tropas del general Chacon acaban de ser víctimas en Colima de una alevosía que no puede calificarse. Juarez y su camarilla fusilan á centenares de nuestros camaradas, y asesinan en Tepetates á uno de vuestros generales, que, por el sólo

hecho de estar herido, habría sido respetado aun por las tribus de los caribes: la barbarie de esos hombres sin corazón, que se apellidan partidarios de la libertad, barbarie que ha lastimado mis más tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una extremidad altamente deplorable: sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así.

»Soldados: se nos ha arrojado un guante que implica un duelo á muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlo; pero escuchad los últimos y lejanos ecos del malogrado general Osollo, que exclamaba en 1858: «¡Ay de los vencidos! ¡Viva el emperador; viva el ejército nacional!»

Pocas horas despues de terminada la revista, el emperador tuvo una junta de guerra, á que asistieron los generales y principales jefes. El objeto de ella era discutir el plan de campaña que debía seguirse. Despues de haber expuesto sus ideas cada uno de los que tomaron la palabra, se adoptó el pensamiento del general D. Leonardo Marquez, que era salir con todas las tropas, en busca de las republicanas, verificando el movimiento en dos columnas que obrasen en perfecta combinacion. Marquez presentó al mismo tiempo el plano de los caminos que se debían seguir, marcando las jornadas, las distancias, los recursos de los pueblos, y cuanto podía interesar á la expedicion.

Quedó, pues, resuelta la salida en busca de las fuerzas

republicanas, aunque sin determinar el día en que se emprendería la marcha.

Resuelto el plan que se había de seguir, el emperador manifestó que no habiendo militado en los ejércitos de tierra, sinó en la marina, confiaba el mando **1867.** de las tropas al general D. Leonardo Marquez. Todos vieron con gusto la eleccion hecha por el soberano, á excepcion de D. Miguel Miramon que sintió herido su amor propio; pues habiendo sido presidente de la república, y general de division antes que Marquez, no le parecía bien quedar subordinado á éste. De no ser el emperador el que mandase el ejército, estaba resuelto á no quedar subalternado á ningun otro general y á retirarse, en consecuencia, á la vida privada.

Nada hay más difícil para el que manda, que conseguir que reine la concordia y la armonía entre las personas que se juzgan con iguales títulos á su distincion. La abnegacion del amor propio, es un sacrificio de que, desgraciadamente, se ven pocos ejemplares en el mundo. Una de las mayores dificultades con que tropezó en Querétaro, en esos momentos, el emperador, segun asegura D. Alberto Hans, que pertenecía á la brigada del general D. Ramon Mendez, consistía «en contentar á los principales jefes;» especialmente á Miramon «á quien su prestigio, su carácter y el hecho de haber sido presidente de la república, hacían más difícil de tratar como subordinado.»

Dominado por la idea de que no correspondía á su dignidad el quedar bajo el mando de otro que no fuese el soberano, dirigió inmediatamente que llegó á su casa, una

carta al emperador en que le decia, que «por fidelidad á S. M. y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á los republicanos; pero que pedía que inmediatamente despues de la accion, se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir á las órdenes de Marquez.

Sensible le fué á Maximiliano encontrar aquella resistencia en el jóven general cuyo valor y lealtad apreciaba altamente, y le contestó recomendándole la subordinacion, y diciéndole que tenia plena confianza en el general D. Leonardo Marquez para el puesto que desempeñaba. Miramon escribió entonces otra carta al soberano en que le decia: «Tal vez mi carta anterior no ha sido interpretada en el verdadero sentido que quise dar á mi pensamiento, y por esta razon, me interesa explicarla nuevamente á V. M.

«Decia que desde el momento en que el general Marquez ha sido designado para ejercer el mando del ejército, no podía quedar bajo sus órdenes; y que únicamente por fidelidad á V. M., conservaría el mando del cuerpo de infantería para tomar parte en la primera batalla.

1867. «Las graves razones que tengo para obrar
Febrero. así, son tan públicas, que me parece inútil explicarlas; pero deseoso de que no se me acuse de subordinado cuando soy el primero en obedecer, me encuentro en la necesidad de expresarlas á V. M.

«El general Marquez ha sido hecho general de brigada por recomendacion mia. Despues, siendo yo jefe del Estado, aproveché la primera ocasion que se me presentó para

elevarle al rango supremo del ejército. Este general, en cambio de esa conducta, intentó proclamar presidente al general Santa-Anna, desconociendo el poder que yo tenia y obligándome á ir personalmente á la capital del Estado de Jalisco para destituirle, y para hacerle volver á Méjico, á donde le hice someter á un juicio.

«El general Marquez habiendo estado siempre á mis órdenes, nunca podré considerarle como mi superior. Preferiria retirarme á la vida privada más bien que recibir un golpe tan duro que heriria mortalmente mi dignidad, mi amor propio, y estaria en oposicion con todos mis antecedentes.

«Me dice V. M. que este general merece su confianza en su calidad de jefe de Estado Mayor, como la he merecido yo en el mando importante que se me ha dado. Siendo así, nada tengo que agregar, no siendo mi superior el jefe de Estado Mayor, sinó únicamente el conducto por donde reciba las órdenes de V. M. Tal prueba de confianza en nada me hiere; pero no era lo mismo cuando oí de los labios de V. M. que era el general en jefe del ejército.»

Estas cartas del general Miramon, escritas en un momento en que sintió herido su amor propio, demuestran lo fácil que es incurrir en inexactas afirmaciones, cuando nos creemos pospuestos á otro á quien nos juzgamos superior. Una de las inexactitudes á que me refiero está en el párrafo en que asienta que Marquez habia estado siempre á sus órdenes, y que, por lo mismo, nunca podría considerarle como su superior. El general D. Leonardo Marquez empezó su carrera militar en Enero de 1830,

entrando de cadete en la compañía permanente de caballería de Lampazos, en la frontera del Norte. En esa época D. Miguel Miramon, aun no había nacido. Continuó Marquez sirviendo á las órdenes de diversos jefes, y en 1847, en la guerra contra la invasion de las tropas de los Estados-Unidos, se distinguió por su valor entre los ofi-

1867. ciales subalternos. En 1854 era ya general
Febrero. graduado y mandaba una brigada en Toluca. A esa brigada pertenecía el batallon de California, del cual era comandante D. Miguel Miramon que acababa de ascender en aquellos días á ese grado.

Tenia entonces éste veintidos años de edad, pues había nacido en 1832, debiendo la rapidez de sus ascensos, no á la proteccion y al favor, sino á su capacidad, á su valor y á otras recomendables cualidades que le distinguian y que le elevaron bien pronto á los primeros puestos.

Por lo que dejo expuesto se ve que en esa época de 1854 á que me refiero, léjos de hallarse D. Leonardo Marquez á las órdenes de Miramon, estaba éste á las de aquel, que era el general de la brigada á que pertenecía el batallon de California de que él era comandante. En Enero de 1858, habiendo sido uno de los caudillos principales que hizo triunfar el pronunciamiento en sentido conservador hecho en Tacubaya por el general Parra, segundo de Zuloaga, éste, á quien se elevó á la presidencia de que había sido derrocado Comonfort, le dió el grado de general de brigada efectivo. En setiembre del mismo año de 1858, siendo él y D. Leonardo Marquez de un mismo grado militar, esto es, generales efectivos ambos, dieron, reunidos, la batalla de Ahua-

lulco, cuyo triunfo, como tengo referido en su lugar correspondiente, se debió verdaderamente á Marquez.

Como se ve, tampoco en esa época militaba éste bajo las órdenes de Miramon. Ganada la accion de Ahualulco por las tropas conservadoras, el gobierno que debia haber premiado á los dos jefes de ellas de igual manera, creyó que sólo convenia dar el ascenso á uno, y dió el de general de division á D. Miguel Miramon. Desde ese momento solamente tuvo mando sobre D. Leonardo Marquez, primero, por la diferencia de empleos, y despues como presidente de la república. Ejerciendo este elevado cargo se hallaba Miramon en 1859, á los veintisiete años de su edad, cuando D. Leonardo Marquez ganó, el 11 de abril de ese mismo año, la batalla de Tacubaya contra el gene-

1867. ral constitucionalista D. Santos Degollado,
Febrero. por cuyo triunfo fué elevado al rango de division.

Se ve, pues, que sólo por el breve espacio de siete meses fué superior en grado militar D. Miguel Miramon, puesto que en abril ya D. Leonardo Marquez tenía la misma categoría en el ejército.

Respecto á la parte de las cartas en que asienta que «Marquez intentó proclamar presidente al general Santa-Anna, desconociendo el poder que Miramon tenía, por lo cual tuvo que ir este en persona á destituirle, enviándole á Méjico para someterle á un juicio,» nada está ménos de acuerdo con los hechos que esa aseveracion. Los acontecimientos pertenecientes á esa época los tengo ya referidos extensamente en su lugar respectivo, y en ellos habrá visto el lector que no hubo semejante destitucion;

que el general Marquez renunció á los mandos que ejercía, separándose de ellos inmediatamente sin esperar la respuesta del presidente Miramon; que ni una sola palabra se habló entonces respecto de pronunciamiento, pues estaba muy léjos de la mente de todos semejante idea, y que se presentó en la capital por su voluntad propia. Esta es la verdad; y yo no puedo creer que Miramon llegase despues de algunos años á imaginarse lo contrario, sinó porque así se lo hiciese pensar alguno que trató de introducir la desconfianza en el ánimo del emperador respecto de Marquez, presentándole como santanista y capaz de una infidelidad.

El emperador, que estaba bien informado de la conducta observada por D. Leonardo Marquez durante su vida militar; que había quedado satisfecho de la manera con que había desempeñado la mision que le confió para Turquía; que había presenciado la actividad desplegada por él para sostener el trono desde que la Francia empezó á retirar sus tropas, y que veía en su rostro la terrible cicatriz de la grave herida recibida en Morelia en defensa del nuevo orden de cosas, comprendió el sentimiento de que había estado dominado el autor de las cartas al escribirlas, y continuó teniendo en él la misma confianza que hasta entonces le había dispensado.

Conociendo al mismo tiempo Maximiliano las bellas cualidades que distinguían al general D. Miguel Miramon, su valor y su genio militar, se complacía en manifestarle su alta estimacion y su aprecio. Como prueba del afecto que le tenía y de la gratitud que consagraba á los que combatían por la causa del trono, el emperador había

dispuesto, desde el momento que tuvo noticia de haber sido fusilado D. Joaquin Miramon, que se celebrasen
 1867. exequias fúnebres en uno de los principales
 Febrero. templos.

Todo se dispuso para que el acto religioso tuviese la grandiosidad debida al rango que había tenido en el ejército el finado. Con efecto; el día 23, al siguiente de haber dado D. Miguel Miramon á las tropas la proclama que tengo referida, se verificaron en la espaciosa iglesia de San Francisco las honras fúnebres por el descanso del alma de D. Joaquin Miramon. A ellas asistieron todos los generales, jefes y oficiales de los diversos cuerpos reunidos en Querétaro, el emperador Maximiliano y un número considerable de personas particulares de la poblacion.

Sin embargo del alto y merecido aprecio que el soberano hacía de las relevantes cualidades que distinguían al jóven general D. Miguel Miramon, y de que comprendía perfectamente el mérito del hecho de armas sobre Zacatecas, así como los brillantes resultados que hubiera dado para la causa del imperio la captura de D. Benito Juarez, creyó que debía evitar que se repitiese todo acto de arrojo que alejase al que lo emprendía del apoyo de los demás cuerpos del ejército. Con este objeto desaprobó oficialmente la conducta observada por D. Miguel Miramon desde que se había abierto la campaña. No me detendré á examinar si el golpe de mano sobre Zacatecas, verificado por Miramon, excedía ó nó á las reglas á que debe ceñirse un general en campaña, para no exponer su gente á un descalabro; pero lo que sí creo es que el emperador Maximiliano debió dejar para ocasion ménos agitada,